

el fruto del instante no cesa de brotar: las sombras siguen la lumbre para sólo recordar lo más cerca que has estado a sí.

Ya no es el tiempo sino un destello
en su abrazo, que te envuelve hasta el origen de la cifra,
hasta saberte a polvo, hasta ser y no ser tú: presencia.

Ya no es la distancia, ni tan siquiera la desnudez de otro olvido,
sino solo este momento —al que has llegado—
entre las estelas: un relámpago sin fin has vivido.

ENTORNO

Estás afuera.

Mírate afuera; ahí estás: no acabas.

No acaba estar allá, ni la mirada que te ha mirado
buscando su destello perdido.

No acaba estar encontrando la ausencia de ti,
que te oscureces como un cuerpo al pasar de los años.

Resuélvete,
que mis ojos alzan tu sombra cuyo pulso anhelo
por tanta espera, por tanto golpe de luz sin tu rostro.

Resuélvete,
pero no te vayas al recuerdo, no te quedes al filo
de mi lengua: salta de mí y acércate a tu nombre.

Ya no eres tú, sino el vuelo de tu fuego lo que eres
al resolver el verbo anudado en mi garganta: te llamo.

Estás afuera, y te llamo viviendo en este momento,
desde el umbral exacto que es estar aquí:
adonde no llegas.

Te llamo como si intentaras salir de mí para liberarme,
como si no fuera tanta la permanencia de tu abismo,
como si te extrañara mi voz: esta voz, que es tuya.